

¿Qué está en juego en las elecciones del 2003?

Jacqueline Peschard*

Como en toda elección intermedia, lo primero que está en juego en la contienda del 2003, en la que se renovará la Cámara de Diputados, es la aceptación o el rechazo del gobierno federal en funciones por parte de los ciudadanos; de ahí su carácter eminentemente plebiscitario. Sin embargo, en esta ocasión hay un dato adicional que debe tenerse en mente, pues la gestión que será evaluada por los electores es la del primer gobierno de alternancia, que, además, no ha contado con mayoría en el Congreso.

En la histórica elección presidencial del 2000, las principales interrogantes que se plantearon fueron si las reformas electorales y, por lo tanto, las nuevas instituciones que de ahí surgieron, eran capaces de garantizar que la elección fuese transparente, confiable y, además, competitiva, es decir, una elección en la que efectivamente ganara cualquiera de los principales candidatos.

A los ojos de propios y extraños, después de 71 años de gobiernos priistas, la prueba de la efectividad de las reformas electorales radicaba en la posibilidad de que se diera la alternancia y de que los resultados de la elección fueran aceptados y acatados, especialmente por los perdedores. No cabe duda de que los resultados del 2000, al darle el triunfo a un partido distinto al antiguamente hegemónico, ayudaron a asentar la confianza en las autoridades electorales y a fortalecer el sistema electoral y el de partidos. El gran desafío fue enfrentado con éxito y se confirmó el carácter democrático de las instituciones electorales mexicanas.

Hoy, cuando ya no existe debate sobre el padrón electoral, cuando han desaparecido las dudas sobre la forma de organizar los comicios, es decir, sobre la ubicación de las casillas y la selección de los funcionarios que recibirán y contarán los votos de los ciudadanos, o sobre la forma de resolver las controversias que surjan entre partidos y candidatos, la discusión está centrada en las estrategias de los partidos políticos y en el contexto, es decir, el ambiente y las condiciones en que se desenvuelven las campañas políticas, lo cual involucra adicionalmente a otros actores e instituciones políticas.

GANAR LA MAYORÍA EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS

Como ya señalamos, la primera gran pregunta de esta elección es si los electores ratificarán su apoyo al gobierno de Fox. De hecho, ésta ha sido la apuesta declarada del presidente de la república, pues ha sostenido que lo que se debate en esta contienda es la posibilidad de que se eliminen los obstáculos para que su gobierno impulse las llamadas reformas legislativas sustantivas (fiscal, eléctrica, laboral). Con esto se coloca la responsabilidad por la falta de acuerdos interpartidarios exclusivamente en la pluralidad del Congreso, y se parece olvidar que en el 2003 solamente se renueva la Cámara de Diputados, por lo que si el resultado otorgara la mayoría en esa cámara al Partido Acción Nacional (PAN), aun así persistiría el problema en el Senado, donde el gobierno actual tampoco cuenta con mayoría.

Esta convicción pasa por alto que un eventual triunfo del PAN en el 2003 no

necesariamente significará el respaldo automático a las iniciativas y propuestas del Ejecutivo, debido a las diferencias entre el ala más doctrinaria de Acción Nacional y la más alineada en torno a Vicente Fox. De hecho, varias actuaciones del Legislativo han evidenciado diferencias entre la fracción parlamentaria panista en relación con iniciativas del Ejecutivo. En todo caso, la campaña lanzada por la presidencia de la república para promover los programas del gobierno, y que en este caso ha estado representada por el propio Vicente Fox,¹ revela que la estrategia del partido en el gobierno es aprovechar el capital político del titular del Ejecutivo para que el PAN incrementa su apoyo electoral. De ahí que Vicente Fox se presente más como candidato que propiamente como gobernante en funciones.

La lucha por ganar la mayoría en la Cámara de Diputados también es de vital importancia para el Partido Revolucionario Institucional (PRI), porque simbólicamente representa que está pavimentado el camino para pelear la presidencia en el 2006. Hay datos que permiten alimentar esta presunción. El balance de las elecciones locales desarrolladas entre el 2001 y el 2002 resultó favorable para el PRI porque logró recuperar parte del terreno perdido en el 2000; además, las elecciones intermedias de marzo del 2003 en el estado más importante en cuanto a número de electores (Estado de México) ratificaron esa tendencia.

A pesar de que la tercera fuerza política del país, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), no ha remontado la distancia electoral que lo

* Doctora en ciencias sociales. Consejera electoral del IFE

separa de los dos principales partidos políticos —salvo ciertas excepciones, como el propio Estado de México o el Distrito Federal—, su estrategia en el 2003 está centrada en aprovechar a su favor los escándalos que se han generado alrededor de las dos quejas sobre los recursos ilegales en las campañas presidenciales del PRI y de Alianza por el Cambio en el 2000.

En efecto, el PRD, por medio de su representante ante el Consejo General del Instituto Federal Electoral (IFE), ha sido el principal denunciante de las irregularidades que se cometieron entonces y que han ocupado el centro de atención política a lo largo del proceso electoral. En realidad, las elecciones del 2003 han tenido como coro de acompañamiento los ataques y excesos verbales de los principales partidos políticos no sólo entre sí, sino contra la propia autoridad electoral, por las dificultades legales que ésta ha enfrentado para desahogar esas impugnaciones con prontitud, así como por el evidente desacuerdo de los partidos denunciados con las resoluciones y sanciones impuestas por el IFE.

Por otra parte, un fantasma que ronda a los principales partidos políticos en la contienda del 2003 es el de las divisiones internas, como resultado de sus procesos de selección de candidatos. Sin duda, el PRD ha sido el que visiblemente ha enfrentado mayores problemas; empero, el PRI ha sufrido escisiones de militantes destacados, aunque los casos más sonados han sido de aspirantes a candidatos a gobernador.² El PAN es quizá el único de los tres principales partidos que ha mantenido en los cauces institucionales las disputas por las candidaturas.

Los partidos emergentes o de registro reciente enfrentan el desafío de alcanzar dos por ciento de la votación para mantener su estatuto de partidos políticos nacionales y, consecuentemente, las prerrogativas que de ahí se derivan. El único dentro de esta franja

que tiene garantizada su permanencia es el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), en razón de la coalición parcial que estableció con el PRI y por la cual éste se comprometió a que su aliado obtenga, en el ámbito nacional, al menos cinco por ciento de la votación.³ El resto de los partidos, en su mayoría, intentaron establecer alianzas con algún otro partido, pero los intentos fracasaron.

Alcanzar dos por ciento de la votación no es una empresa sencilla. Baste recordar que en el 2000 ninguno de los tres partidos que compitieron solos (Democracia Social, Centro Democrático y PARM) alcanzó ese umbral de votación. Empero, en una elección intermedia, en la que no existe un cargo unipersonal en disputa como la presidencia, capaz de polarizar las preferencias electorales, hay mayores espacios para la diversidad de ofertas electorales y, por lo tanto, mayores oportunidades para los partidos con menor fuerza política.

UN CONTEXTO POLÍTICO DESFAVORABLE

El hecho de que en el 2003 ya no exista debate en torno a la credibilidad de las elecciones federales, lo cual es el dato relevante desde la perspectiva de la institucionalización de la democracia mexicana, no ha impedido que el contexto en que se desarrolla la contienda haya motivado no sólo debates y acusaciones, sino una clara confrontación política que milita contra la participación electoral, porque resta espacios para la discusión de los programas y las ofertas partidarias.

Las dos quejas, popularmente identificadas como *Pemexgate* y *Amigos de Fox*, no sólo generaron un abierto enfren-

tamiento entre los principales partidos políticos, sino que dañaron el ambiente político, en la medida que los denunciados y algunos de sus aliados en los medios de comunicación, en un afán de no salir tan mal librados, buscaron descalificar a autoridades e instituciones, acusándolas de complicidad con el gobierno. Esto ha contribuido a crear un contexto proclive al desencanto y el alejamiento de la ciudadanía de los procesos electorales, en los que las ofertas políticas provienen de los partidos políticos. A pesar de que sólo dos de ellos han estado en el banquillo de los acusados por el tema de los recursos indebidos, en general no gozan de confianza entre los ciudadanos. De ahí que uno de los principales desafíos en esta elección de la "posalternancia" sea lograr una respuesta positiva de los electores, es decir, una copiosa participación electoral. Para ser atractivo a los ojos de los electores, un proceso comicial debe ofrecer las mayores garantías de que se respetarán puntualmente las decisiones de los ciudadanos, pero eso es sólo un primer requisito insoslayable. Además, es necesario que se presenten candidatos atractivos y convincentes, con ofertas políticas que efectivamente consideren las demandas



Innovación tecnológica y cambio cultural

Guillermo Peimbert*

más sentidas de los ciudadanos en las diferentes zonas del país. Se trata de una responsabilidad compartida: las autoridades electorales tienen que ofrecer todas las seguridades del respeto al sufragio; los partidos políticos tienen que hacer el resto.

Existe un acuerdo generalizado en que México alcanzó la democracia electoral y que el siguiente paso es profundizar en la construcción de un sistema político democrático; sin embargo, si los logros alcanzados en materia electoral no se reafirman ni se asientan a los ojos de los ciudadanos, difícilmente florecerán reformas políticas de una segunda generación.

Importantes transformaciones tecnológicas de adaptación a la nueva situación mundial se han experimentado recientemente en México, tanto en la empresa pública como en la privada. Al mismo tiempo, tanto en el llamado sector público como en el privado, detectamos en los trabajadores múltiples estrategias de adaptación o resistencia al cambio —no siempre “diseñadas” en forma consciente.

Es un verdadero desafío tratar de reconstruir, desde las ciencias sociales, la situación anterior a este cambio para compararla con la nueva. Nuestro objetivo durante los últimos años ha sido ver cómo los trabajadores viven, sienten y se representan simbólicamente la introducción de las nuevas tecnologías en las empresas donde laboran; cómo hablan de esta experiencia crucial; cómo resignifican las nuevas condiciones del trabajo y cómo reformulan o recomponen su rol y su identidad laboral.

El análisis estructural de la cultura laboral¹ y la teoría de las representaciones sociales² nos han sido de gran utilidad para reconstruir el proceso desde la doble realidad de la cultura, pues ésta se encuentra objetivada en los artefactos, al mismo tiempo que es introyectada por los actores sociales en forma de representaciones.³

Hasta donde hemos visto, en ambos tipos de empresas los trabajadores conciben los nuevos objetos tecnológicos (computadoras, robots, equipo de control, etcétera) como una fatalidad de

contornos misteriosos y enigmáticos, que, por una parte, representan el prestigio de la “modernidad” y el “progreso”, pero a la vez son interpretados en su centro de trabajo como una amenaza a su libertad de movimiento: instrumentos que implican un mayor control y vigilancia sobre ellos. Hemos visto que el éxito o fracaso de la innovación tecnológica está estrechamente ligado a los conceptos de organización en que ésta se inserta y para los cuales opera, así como a las representaciones sociales de los trabajadores que la utilizan. La innovación tecnológica resultó ser un recurso dentro del campo social —en el sentido que le da Pierre Bourdieu—,⁴ donde los actores ponen en juego sus distintos tipos de capitales —materiales y culturales— y las posiciones de poder que ocupan.

FACTORES DE ÉXITO... Y FRACASO

Un proceso de innovación tecnológica es, al mismo tiempo, un proceso de cambio cultural. Los grupos que en México impulsan este cambio —desde el Estado, las organizaciones religiosas, las empresas privadas, los organismos financieros internacionales e incluso las organizaciones no gubernamentales— han cobrado conciencia de la importancia del factor cultural. A la vez, los grupos y las comunidades que se resisten al cambio impuesto se han visto obligados a modificar sus prácticas y representaciones ante esta novedosa situación “glocal” que algunos, como Manuel Castells,⁵ han calificado como capitalismo informacional.

Al parecer ya nadie se atreve a cuestionar que la realización de cualquier propósito social requiere poner en prác-

Notas

- 1 En efecto, en abril se empezaron a difundir *spots* en radio y televisión en los que Vicente Fox aparecía respondiendo supuestas preguntas de ciudadanos para promover los diversos programas gubernamentales.
- 2 El caso más conflictivo en el PRD fue el de la selección de candidatos a jefes delegacionales en el DF, que derivó en una resolución del Instituto Electoral del Distrito Federal que obligó al partido a reponer su procedimiento.
- 3 El PRI sufrió la salida de sus filas de aspirantes a candidatos a gobernadores en Colima (Socorro Díaz) y San Luis Potosí (Elías Dip).
- 4 El convenio de coalición entre el PRI y el PVEM establece que el reparto de los votos en los 97 distritos donde compiten juntos dependerá del porcentaje que el PVEM alcance en el resto de los distritos, pero como mínimo le asegurará un promedio de votación nacional de cinco por ciento.

* Sociólogo, doctor en ciencias políticas, académico del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM y profesor de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos